



EL AMOR A LOS LIBROS



ACE tiempo, alguien escribió contra la pésima costumbre de muchos italianos, que á pesar de su afición á la lectura y de sus medios, jamás compran un libro.

Las causas de esta costumbre, ó mejor de esta falta de costumbre de comprar, son muchas y muy complejas.

Las principales me parecen las siguientes: no se considera todavía *la librería* como un *mueble* necesario al decoro de la casa; ni el libro pasa como objeto de ornato; se ama la lectura, pero no se ama el libro.

En efecto, de todos los muebles, los que ménos se venden en Italia, son los estantes.

Muchos no comprenden por qué deben guardarse los libros una vez leídos. Así que frecuentando las li-

brerías se oye á cada paso decir:—De buena gana leería este libro.—¿Por qué no lo compra Vd?—¿Que por qué no lo compro? ¿Y qué voy yo hacer con él despues que lo haya leído?

No siendo para estos el libro más que verdadero estorbo una vez leído, tienen razon al no querer gastar y embarazar la casa con papel emborronado.

En la mayor parte de las casas se ven colecciones de conchas, de huevos, de pedruscos, de sellos extranjeros y hasta de cajas de cerillas; pero es difícil encontrar colecciones de libros.

En ninguna, falta alguna cosa que haga recordar que se come, se juega, se duerme, y se toca; pero no hay nada que recuerde que tambien se lee. Y es mucho, si llegan á verse esparcidos por aquí y por allá, sobre las mesas, una veintena de libros, cuya tercera parte corresponden al niño que vá á la escuela, y los otros cuatro ó cinco á algun gabinete de lectura. Los poquísimos que quedan, única propiedad literaria de la casa, están súcios, descosidos y con las primeras páginas llenas de cifras y monigotes. Se sirven de ellos para apagar la luz, arrancan sus hojas para encender la lumbre y tambien para proveer de papel, departamentos de la casa que deben siempre estar provistos de este artículo.

—¿Por qué destrozáis ese libro?

—¡Esta buenol ¡Pues por qué nol os responderán, ¡Si todos le hemos leído y releído mil veces!

Una casa sin librería es una casa sin dignidad—se

parece en cierto modo á una fonda,—es como una ciudad sin libreros, ó un pueblo sin escuelas, ó una carta sin ortografía.

¡Qué hermosa es una biblioteca! ¡Cuántas cosas puede ver y cuánto gusto puede sacar, aun el que lee solo por puro pasatiempo, si tiene un poco de sentimiento y de imaginación!

Los frutos más admirables del ingenio humano están aquí recogidos en pequenísimos espacio y al alcance de la mano. Frutos de inspiraciones divinas, de meditaciones y de estudios que señalaron con precoces arrugas las frentes más nobles de la humanidad; frutos de las más espléndidas imaginaciones se hallan reducidos á la forma de pequeños paralelepípedos, aprisionados entre ocho aristas, diferentes por la época, países, lengua, materia y dignidad, numerados y puestos en fila como un ejército. Un compartimento me ofrece los siglos pasados, otro me trasporta á países lejanos, éste me toca al corazón, el de más allá excita la risa, me hace soñar un tercero, un cuarto me hace pensar y un quinto saltárseme las lágrimas sin querer. Puedo elegir segun el humor; es una farmacia moral, y hay medicamentos para los días ásperos y duros y para los días serenos, otros para los de flojera moral y á su lado para los días en que domina la fúria del trabajo.

A la variedad de las materias, corresponde la variedad de los puntos de vista.

De un lado los colores,—diccionarios y grandes

obras ilustradas, que forman la osamenta de este pequeño mundo. Hay filas compactas de volúmenes membrudos de color oscuro, viejas ediciones económicas de obras clásicas, modestas en su aspecto, pero llenas de *vital alimento*, como en el mundo real los hombres de verdadero mérito. Debajo de éstos, la aristocracia de las encuadernaciones, la clase privilegiada de la biblioteca, revestida de pieles relucientes y con arabescos de oro. Luego la juventud elegante y alegre; el tomo sonrosado de Lemonier, el turquí de Barberá, el rojo anaranjado de Hachette, el amarillo claro de Levy, cien colores de cien ediciones coquetas que tiran á seducir la vista. Largas filas de pequeños volúmenes uniformes y pobres vienen luego, formando la plebe menuda de la biblioteca, mirada con indiferencia y tratada con escasos respetos. Más abajo las ediciones diamantes, gentezuela inquieta que vá y viene de la ciudad al campo, en ferro-carril y en coche, del bolsillo á la maleta y de ésta á la mesa de noche, contentándose con ocupar algun retazo del día.

En toda esta multitud tenemos nuestras simpatías, viejos amigos, los amigos de ayer, los maestros, los bienhechores, los malos consejeros, las cabezas perdidas, los rigoristas, los fastidiosos, los bufones, los parásitos, los predicadores, los cizañeros y los consoladores, y por último, en el fondo, apenas elevados cuatro dedos sobre el pavimento, el cementerio donde yacen en confuso monton, desencuadernados y cu-

biertos de polvo libritos y opúsculos de todas formas y colores, que vivieron un día ó una hora tan sólo en nuestra mente, esclavitudes del espíritu, como dice Guerrazzi, aburrimento del ingenio humano; poesías con motivo de casamientos, primeros ensayos de poetas fallidos, novelas raquílicas, almanaques, libelos, imitaciones, plagios, caprichos, bromas, restos de literatura destinados al mostrador del estancero ó á la cesta de la basura.

Creciendo poco á poco la pasión por los libros, llega á ser un sentimiento enteramente distinto del amor á la lectura, y sólo él por sí, fuente de vivísimos placeres para la vista, el tacto y aun el olfato.

Ciertos libros, goza uno con tocarlos, con pasarles cariñosamente la mano hojeándoles, y aún con olfatearlos.

El olor de las impresiones frescas se goza con voluptuosidad, con los ojos cerrados; tan sólo olfateando un libro se conoce si es antiguo ó solamente viejo, reciente ó recientísimo.

Los colores que ostentan ciertas ediciones, enamoran, y nuestro gusto se encariña por ciertos lomos y ciertas portadas, lo mismo que por determinadas cubiertas, como por caras bonitas.

Por los libros menudos y coquetones se experimenta un sentimiento de solicitud más generoso que por los libros grandes; y cuando necesitamos mucho esfuerzo para levantar determinados librotos, sonríe uno con una complacencia que no sabríamos definir, pero

que difiere en un todo del que se siente al levantar otros pesos.

El que ama los libros, goza muy á menudo, cambiando su colocacion y combinándolos por colores: es un trabajo de mosaico que interesa; cada dia se inventa un cambio.

En la biblioteca de trabajo, por pequeña que ella sea, siempre ocurren lagunas que llenar; ediciones que malbaratar, nuevos libros que añadir, despedir á los que deben irse, cuidar de aquellos que sufren, restaurar á los que envejecen y hacer la corte á los que sobresalen.

Hay en suma dentro de los armarios un pequeño estado que gobernar, con todos los placeres, desalientos, envidias y glorificaciones que sentiría el pequeño monarca que, no pudiendo ensanchar sus confines de su estado cuanto quisiera, se consuela y divierte, recorriendo continuamente lo poco que posee.

Es un grande error creer que se aprende lo mismo en libros que son nuestros que en los que tomamos á préstamo. Un libro no dá todo el provecho que debe dar, si no es *nuestro*. Es preciso poderle rozar, subrayar, poner exclamaciones, plegar sus páginas y hacer señales al márgen. El que no hace más que pasar por nuestra casa, no deja rastro profundo. ¡Qué diferencia! Teniéndole en casa, se lee y relee cien veces, precisamente cuando puede causarnos impresion más viva y más útil, porque lo que nos hacía desear aquella lectura preferentemente á otra; es una particular

disposicion de nuestro ánimo, que pasa pronto, quizá antes de que el libro llegara á nuestras manos. ¡Qué inmensa es la influencia educativa que una biblioteca tiene en los niños! El destino de nuestros hombres ha dependido de que hubiera ó no una biblioteca en su casa.

Porque ésta supone que hemos tenido á la mano, y á todas horas, manera de satisfacer las primeras curiosidades infantiles y de engañar el aburrimiento de los dias lluviosos leyendo libros, que muchas veces arrojaron en el cerebro los primeros gérmenes de amor al estudio, que luego se trasformó en ardiente pasion por la ciencia, fecundando precozmente ciertas facultades del ingenio que el trabajo obligado y restrictivo de la escuela hubieran dejado inertes.

Aun prescindiendo de estos grandes efectos, bueno es inspirar á la infancia el culto de los libros, antes de que tengan amor á la lectura, viendo continuamente un ángulo de la casa erigido en altar del estudio y del saber, y presenciando los delicados cuidados y respetos que sus padres les tributan, por más que el niño no alcance la razon de esto. Una habitacion silenciosa, donde de vez en cuando vea alguna persona inmóvil y seria, lugar consagrado al pensamiento, como existen otros consagrados á la mesa, al trabajo y al reposo, deja en su imaginacion huellas que trascenderán á su vida ulterior. Siendo jovenzuelo, buscará con más gozo los libros que desde niño está viendo en la biblioteca y cuya ordenacion y limpieza

ha presenciado mil veces en medio de las muestras de cariño que sus padres les dedicaban: libros que aun para él tenían ya cierta fantástica significacion antes de conocer el alfabeto. Es cierto que debe existir una diferencia entre el jovencuelo que ha visto siempre conservar y respetar religiosamente los libros, y el que no ha presenciado más que persecuciones y malos tratamientos, y que, una vez leído el libro, iba destinado donde van las botas viejas y las ropas inservibles.

¿Dónde hay nada que avive más íntimamente y con más dulzura en el corazón de un hijo, los sentimientos de familia recordando á los padres muertos, nuestra infancia y el cariño y los cuidados con que rodearon nuestra existencia? Sus libros que llevan el nombre del padre, que él mismo puso en nuestras manos, y sobre el cual hicimos conversacion, recuerdan sus lecturas prediletas, sus juicios, sus opiniones, mil matices delicados de su carácter. Parece que sobre determinados tomos, estamos aún viendo inclinarse aquellos anteojos relucientes, y la venerable barba blanca.

Otros volúmenes recuerdan la familia sentada en círculo y atenta á la lectura en comun, con las actitudes de las personas queridas, las exclamaciones, las alegres risotadas, los sollozos mal sofocados de los hermanos pequeños, todo lo cual, á no ser por los libros hubiera huido hacía largo tiempo de la memoria. El hijo del que tuvo amor á los libros, los amará tam-

bien, y seguramente que no será nunca un alma vulgar si mantiene este culto.

Tratemos pues de formar á nuestro lado este círculo de amigos mudos y fieles; fabriquemos esta pequeña fortaleza para podernos recoger en su interior los días que nos asalten los dolores mundanos. Han de venir sin remision, y con ellos la necesidad del aislamiento y del silencio. ¡Será triste entonces no tener un rincón de casa donde poder refugiarse, olvidándose de los vivos y confortándose con los muertos!

